

París, 6 de Diciembre de 1969.

A S.E. el Cardenal Monseñor
Amleto CICOGNANI
Presidente de la Secretaría
de Asuntos Extraordinarios
Concilio Ecuménico Vaticano II
CIUDAD DEL VATICANO

Eminentísimo Señor:

Terminándose la primera sesión de este Concilio sin haber llegado a mí ningún acuse de recibo de la comunicación que tuve el honor de enviarle el 22 del mes pasado, veo, con profundo pesar, confirmarse la advertencia que, al conocer mi gestión, me hicieron incluso fervientes católicos excépticos acerca del resultado del Concilio, de que de ningún modo podía esperar que mi exposición fuera tomada en consideración por esta magna asamblea del mundo católico.

Yo, entusiasta desde el primer momento de la idea del Concilio, me resistía a creer este pronóstico pesimista y, sabiendo que el objeto de su convocatoria es la adopción de medidas conducentes a adaptar el Catolicismo al mundo actual y corregir las causas determinantes de la pérdida de confianza y de fé en él, y siendo una de estas causas "DE DANOS Y PELIGROS ESPIRITUALES" la señalada por nuestro venerado Santo Padre - en clara alusión al Régimen dictatorial español, único en el mundo en que esto se verifica - o sea: "LAS ILICITAS INGERENCIAS DE LAS AUTORIDADES CIVILES Y LOS PRINCIPES QUE PROTEGEN A LA IGLESIA DEJANDOSE LLEVAR POR MOTIVOS POLITICOS Y DE PROPIO INTERES" (que es el caso a que me refiero en mi exposición) no podía concebir se desinteresara de esta grave causa de descrédito, indicada expresamente por S.S., que amenaza de muerte al Catolicismo en una nación que ha sido fundamentalmente católica como es España.

Si esta carta queda también sin contestación habré de interpretar el silencio como indicación de que el Concilio se desinteresa: primero, del porvenir del Catolicismo en España y, segundo, del restablecimiento de la justicia para las víctimas calumniadas por las altas jerarquías eclesíásticas por error de información o por sumisión al Dictador. Lo primero es de la exclusiva incumbencia del Concilio, pero lo segundo es un imperativo de conciencia de todo cristiano y, en general, de toda alma honrada, y en la consecución de esta obra, que considero de mi deber, no he de cejar cualesquiera que sean los obstáculos que se opongan. También nos ha recordado S.S. en su discurso inaugural: "BUSCAD PRIMERO EL REINO DE DIOS Y SU JUSTITIA Y TODO LO DEMAS SE OS DARA EN ANADICURA". Si mi avanzada edad no me permite realizar esta obra de justicia, otros españoles cristianos se encargarán de proseguirla hasta que nuestro pueblo recupere en la conciencia universal el buen nombre que le corresponde y que la calumnia le ha quitado, y la memoria de los santos ministros del Señor, ahora infamados como réprobos, privados de oraciones, de sufragios por su alma y de tierra sagrada, sea considerada como de lo que son: mártires bienaventurados por la Justicia Divina que, con una sola palabra de adhesión al Dictador podían haberse librado del martirio y por no faltar a su conciencia de cristianos han preferido el suplicio y la muerte.

Con una última esperanza de recibir contestación y en la angustia de no obtenerla, besa su anillo su devoto y humilde hijo en Jesu-Cristo

Emilio HERRERA
15, Rue Béranger, PARIS (3)

P.S. Ruego perdón por dirigirme a V.E. en español por creer que, por su condición de Profesor "Honoris Causa" de la Universidad de Salamanca, le será familiar el idioma de Cervantes.

20 00791